

nes que corroían las vides y los gusanos de seda; que herían de muerte á los ganados, á las aves de corral, á los perros y á los hombres; los aisló pacientemente; los cultivó; estudió los misteriosos productos tóxicos que de ellos emanaban; descubrió el medio por el que podía volverlos aún más mortíferos y el que podía aprovechar para debilitar sus energías; ligó, en fin, con un maravilloso guión, su pensamiento al del inmortal Jenner, y utilizando vacunas nuevas, por él inventadas, previno para siempre enfermedades mortales y devolvió la vida á los pámpanos, á los telares, á la industria, á la ganadería y á la agricultura, lo mismo que á los hombres, antes heridos indefectiblemente; hizo huir en suma, como lo decía hace un momento aquí elocuentemente el señor Ministro de Francia, hizo huir ante él la miseria, la enfermedad, el dolor y la muerte.

Con razón, por lo mismo, la humanidad entera lo ha considerado su salvador y su héroe: una gloriosa falange de sabios, compañeros unos de él, sus continuadores otros, y varios sus émulos, le han rendido pleito homenaje; su admirable sentimiento del misterio infinito en el que navega la débil barca del hombre; su maravillosa intuición de claridades, que él vió primero que nadie y que hizo ver luego á los vacilantes nautas, sus compañeros; su esfuerzo inquebrantable para seguir el derrotero que la inflexible lógica le señalaba en seguida y que le hizo ir de experimentación en experimentación, sorteando los escollos, para llevar á los humanos á puertos siempre más seguros; su amor, en fin, á su patria y á la humanidad, que explica toda su vida y todos sus descubrimientos y que ilumina sin cesar los maravillosos caminos antes sumergidos en tinieblas, por los que supo transitar al frente de los hombres; su fe en la ciencia; su culto por el infinito, del que fué uno de los más audaces exploradores, y por la patria y por la libertad, serán recordados por cuantos vengan á México, que encontrarán aquí la evocación perenne de aquel grande amigo de los hombres. Su pensativa y serena figura, en la alta mesa de la América, en la que supieron crear una civilización original, con maravilloso genio, las viejas razas fundadoras de la patria mexicana, será una prueba perpetua del amor fraternal que por fortuna va uniendo á los pueblos. Y el hecho de que su monumento se ofrezca á México por una colonia del gran pueblo que hizo aparecer ante los hombres, en una transfiguración sublime, la libertad, y que se ofrezca en homenaje á la épica lucha en que, mártires de su amor á la libertad, los sublimes padres de nuestra patria nueva murieron por darnos la independencia, atestiguará ante el mundo que el ideal de la Francia y el ideal de México son los mismos ideales: la libertad, sin la que ni las patrias ni los hombres viven; la fraternidad, por que todos los humanos llegan á ser verdaderamente superiores; el progreso, en fin, que nos hace avanzar y entrar, cada vez más lejos, en el cielo sin límites en que vuelan las almas fuertes, en el infinito.

#### NÚMERO 48.

**Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor Karl Bünz, Embajador Especial de Alemania, en el acto de la inauguración del monumento al Barón de Humboldt, el 13 de septiembre de 1910.**

Señoras y señores:

Este día pertenece á la confraternidad que une á los mexicanos y á los alemanes. Nos encontramos ahora bajo la enseña: «El Emperador de Alemania á la Nación Mexicana.» Estas son las palabras

grabadas en el pedestal del monumento que vamos á ofrecer á México como símbolo perenne de nuestra amistad.

Mármol sobre granito, simbolizando la pureza de nuestros sentimientos y la firmeza de nuestra amistad.

Su Majestad el Emperador, deseando por su propia iniciativa ofrecer á México una muestra visible y permanente de su simpatía, no encontró mejores medios de realizar su deseo, que levantar en la Capital de la República la estatua del gran explorador de este hermoso país, el Barón Alexandre von Humboldt.

Hace más de un siglo, un joven alemán, agitado por el entusiasmo de la juventud y por las pesquisas científicas características de nuestra raza, dedicóse á explorar las tierras de los pueblos latinos.

A pesar de los innumerables peligros, de las crueles fatigas y de los obstáculos que encontró, pronto se presentó al mundo como todo un héroe de la ciencia, penetrando en los misterios más intrincables del Nuevo Mundo.

El autor del «Cosmos,» su obra inmortal, pertenece al mundo; el hombre de ciencia, á nuestro país; el autor del «Ensayo Político de la Nueva España» pertenece á México.

El Viejo Mundo se sorprendió grandemente ante las revelaciones de belleza, de riqueza y las posibilidades de desarrollo de un país en el que Humboldt habíase mostrado grandemente interesado, no solamente por su heroica historia, sino también por su pasado.

Con Alejandro de Humboldt el México moderno celebró su aparición como toda nación progresista, perteneciente al concierto de las naciones civilizadas.

México, siempre caballeroso, reconoció en breve las grandes cualidades del explorador de su suelo virgen, dándole el título de ciudadano honorario. De este modo, el hijo de la Alemania pasó á ser hijo adoptivo de la Nación Mexicana, convirtiéndose, al mismo tiempo, Alemania y México en países hermanos.

Por esta fraternidad, realizada de aquel modo, el Emperador de Alemania ofrece á la Nación Mexicana la estatua de su hijo nativo, hijo que en tiempos pasados adoptara México.

Ha pasado más de un siglo desde que Alejandro de Humboldt pagara tributo á la Madre Naturaleza; pero sus obras, su gloria, viven aún con nosotros. Es universalmente reconocido como uno de los sabios más famosos del mundo. Su patria no ha cesado de llorar su muerte; su patria adoptiva tampoco lo ha olvidado. Vive aún, y vivirá durante todos los siglos por venir.

Y de este hermoso país ¿qué podremos decir? ¿qué cosas maravillosas no podríamos expresar?

Un nuevo Alejandro de Humboldt, nacido en México, por su inteligencia, por su amor á la patria, por la energía de su carácter y el peso de su mano, formó un nuevo México, un país digno de ocupar un puesto distinguido en el concierto de las naciones civilizadas.

Por este motivo, todos los representantes de las naciones extranjeras civilizadas toman parte en la celebración del primer Centenario de la Independencia de México. Por esta razón es por lo que Su Augusta Majestad el Emperador me ha enviado para expresar á Vuestra Excelencia su cordial deseo por vuestro bienestar y sus votos por la prosperidad de México, y por esta misma razón, como un símbolo permanente de sus buenos deseos y de su amistad, Su Majestad pensó levantar en la Capital de la República el monumento que vamos á descubrir.

La erección del monumento frente á la Biblioteca Nacional, es

una muestra patente del modo en que se unen todas las diferencias de las razas, de cómo se resuelven todas las evoluciones, de la armonía de las principales ideas que persigue la humanidad. Señor Presidente, es para mí gran honor entregar en nombre del Emperador, á Vuestra Excelencia, la estatua de Alejandro de Humboldt, hijo adoptivo de esta República. Que este monumento sea un «monumentum aere perennius» de la amistad que felizmente une á nuestros países y á nuestros Gobiernos; un testigo mudo, pero elocuente, del continuo progreso de este país hacia el término de su destino.

#### NÚMERO 49.

**Discurso pronunciado por el señor don Guillermo de Landa y Escandón, Gobernador del Distrito Federal, en el acto de la inauguración del monumento del Barón de Humboldt el 13 de septiembre de 1910.**

Señor Presidente de la República:

Excelentísimo señor Embajador de Alemania:

Señoras:

Señores:

En nombre del señor Presidente de la República, tengo la alta honra de recibir la hermosa estatua del insigne sabio Alejandro de Humboldt que, con motivo del Centenario de la proclamación de nuestra Independencia, se ha servido ofrecer á la Nación Mexicana Su Majestad Imperial y Real Guillermo II, como testimonio de la sincera y cordial amistad que existe entre el poderoso Imperio Alemán y nuestra República.

Al expresar el profundo agradecimiento del Gobierno y del pueblo de mi patria por este acto del Soberano que ha sabido conquistar el respeto universal por su política recta y firme, cábeme también la honra de asegurar que la ciudad de México conservará con orgullo esta valiosa obra de arte, que la ornará perpetuando el recuerdo de un sabio, dando testimonio de la alteza de miras del Emperador de Alemania y siendo símbolo de los sentimientos que hacen del progresista Imperio y de esta República, dos Naciones hermanas, según lo ha expresado con elocuencia el señor Embajador en el discurso que acabamos de aplaudir calurosamente.

Profunda significación tiene el acto del eminente Soberano. La hermosa figura del sabio que con noble empeño contribuyó á hacernos conocer en Europa, en una época en que las nociones acerca de las tierras de este continente parecían marcadas para la generalidad con el sello que la imaginación pone en las cosas que, por ricas y misteriosas, la halagan, es tan simpática para nosotros, y su labor científica ha sido estimada en tan alto precio, que la República, agraciada, le concedió honores solemnes, dignos de su memoria.

El Barón Alejandro de Humboldt que, por sus trabajos realizados, fué un guión —podemos así decirlo— entre la Europa científica y nuestra tierra explorada y estudiada por él, hoy sigue siéndolo en esta fiesta, que consagra un sentimiento de amor y de concordia.

México, cuya política internacional se ha inspirado siempre en la justicia, y que sabe que, en las relaciones entre los pueblos, pueden conciliarse —y de hecho se concilian— el fomento de los intereses materiales y el mantenimiento de la amistad de los Estados que rinden culto al derecho, ve en el generoso sentimiento que movió al Soberano alemán, una nueva prueba de su devoción á la política

de paz entre los pueblos, que ha desarrollado con aplauso del mundo entero.

Seguro estoy, señor Embajador, de que, al dar cuenta á vuestro Gobierno de las manifestaciones de profunda satisfacción y de respetuoso afecto á que ha dado lugar aquí el valioso obsequio hecho hoy á la Nación Mexicana, os serviréis decirle que ésta, joven, animosa en el trabajo y deseosa de avanzar más cada día en el camino del verdadero progreso, bajo el amparo de la paz que ha establecido el ilustre Primer Magistrado que preside esta ceremonia, agradece y estima en cuanto vale la muestra de los sentimientos del Monarca cuya poderosa personalidad impone respeto á propios y extraños.

Servíos expresarle también, señor Embajador, que la política de amor y de concordia que traduce el acto de Su Majestad, ha impresionado hondamente al pueblo mexicano, que considera que la fraternidad entre los Estados es prenda de progreso, porque está fundada en la justicia. No extrañéis, señor Embajador, que así me exprese: traduzco una impresión que considero exacta y efectiva; y ahora, señores, que la Nación Mexicana acepta y recibe con agradecimiento el obsequio del Monarca alemán y que la ciudad de México lo ostenta con legítimo orgullo en la misma calle en que el Barón de Humboldt tuvo su morada, seguirá viviendo entre nosotros perpetuamente en este imperecedero mármol. Séame permitido, al dar las gracias al distinguidísimo representante de Su Majestad, por los términos en que se ha expresado de nuestro Primer Magistrado y del pueblo cuyos destinos preside éste, hacer los votos más fervientes por la dicha constante del Imperio que hoy envía á esta tierra mexicana, como prenda de su amistad á nosotros y para dar realce á esta solemnidad, una brillante muestra de las valerosas fuerzas de mar y de tierra que mantienen el prestigio del glorioso pabellón alemán.

#### NÚMERO 50.

**Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor Marqués di Bugnano, Embajador Especial de Italia, en el acto de la colocación de la primera piedra del monumento á José Garibaldi, el 20 de septiembre de 1910.**

Señor Presidente:

Señoras:

Señores:

Quizá en esta misma hora, y de cierto en este mismo día, en cualquier punto de Italia y en donde quiera que, aunque lejos de la patria, se hallen reunidos algunos italianos, se conmemora y se festeja la fecha gloriosa del 20 de septiembre.

A los ardientes sueños, á los ardientes propósitos de todos cuantos, á través de los dolores del martirio y del destierro, sintieron que la Italia debía y podía ser una Nación unida, responden como un eco la voz de Camilo Cavour, en el Parlamento Subalpino; la voz de Garibaldi, en el campo de batalla. No es posible releer las palabras pronunciadas por el gran estadista, sin sentirse presa de una grande emoción.

El 25 de marzo de 1861, después de haber replicado á la interpelación del Diputado Andinot, hace votar la orden del día, por la cual se proclamaba á Roma, Capital. Y nueve años antes, Cavour declaraba á Roma, Capital, como el antiguo Senado Romano disponía del campo donde Aníbal vencedor se había acampado. Y el



recuerdo de esta afirmación patriótica, entremezclado con la dulce poesía de los cantos populares, con el entusiasmo creciente de las turbas, con las figuras de tantos grandes que ofrecieron su vida y, abandonando sus bienes, corrieron á inmolarse en el campo de batalla, á donde los llamaba el sonido de las trompetas, conducía á todos los italianos, con el pensamiento y con la acción, hasta la Ciudad Eterna, que un día debía ser la Capital del Reino de Italia.

Garibaldi, dirigiéndose á los Mil, gritaba: «O Roma ó Muerte;» y luego: «Soldados, os ofrezco hambre, sed, guerra y muerte; pero el que ame la Patria, que me siga.» Y los jóvenes acudían de los puntos más lejanos de Italia, y seguían al héroe, cantando el himno que quiero recordaros, porque demuestra el entusiasmo de aquellos tiempos, y que terminaba con estas sencillas palabras:

«Al lado de mi tumba  
La gloria se hallará,  
Y bajo los cipreses  
Una flor brotará.

«Esa flor, bien amado,  
Tres colores tendrá;  
Bésala . . . que ha nacido  
En tierra de libertad.»

Y en nombre de la libertad, las tropas italianas entraron, el 20 de septiembre, en Roma; la bandera tricolor ondeó sobre todos los techos, y la Italia, antes fraccionada en tantos pequeños Estados, se convirtió en una gran Nación.

Mas ¿cómo podré yo, hablando de libertad en esta cara tierra hospitalaria, olvidar que en nombre de esta misma idealidad, un modesto párroco, el sacerdote Hidalgo, con fe inmensa y con amor indomable por su patria, con la voz y con las armas excitaba á las multitudes para que lucharan por la Independencia Mexicana? ¿Qué, en este día, nosotros, los italianos, no nos hemos apercibido de toda la sincera simpatía de que estamos rodeados? ¿Y de qué modo mejor podremos expresar los sentimientos de nuestra gratitud, sino fundiendo en esta hora, en la conmemoración, en los recuerdos, en las aspiraciones, en la fe que tenemos en el porvenir del pueblo italiano y del pueblo mexicano, los dos nombres gloriosos de Garibaldi y de Hidalgo?

No puede haber en el mundo una manifestación más clara de la civilización de un pueblo, que la de recordar y honrar la memoria de los grandes hombres. Y la Colonia Italiana en México ha querido hacerlo, ofreciendo esta estatua que se erguirá sobre una de las plazas de esta bellísima ciudad, demostrando así que, por lejos que esté de la patria, no se olvida á los que contribuyeron con el esfuerzo de las armas, con la modestia de su vida y con el desinterés más absoluto, á formar una patria unida y fuerte.

Y yo, que en estos momentos tengo el honor de dirigirme á vos, señor Presidente, á nombre de la Colonia Italiana os ruego aceptéis este don con el mismo entusiasmo con que nosotros, italianos, os lo ofrecemos. Este don, la Colonia Italiana ha querido ofrecerlo en el mes en que vos, con legítimo orgullo, festejáis los bellos días de las conspiraciones y de las luchas.

Yo pienso, señores, que así como la posición geográfica de México coloca á vuestro país como un puente entre dos mares y entre las

dos Américas, de igual modo esta fiesta del Centenario debe representar un puente entre los cien años transcurridos y el porvenir que os está destinado y que os aguarda con la seducción del agitado sueño de la vida moderna: de hacer cada vez más y cada vez mejor.

¡Oh! de qué modo siento . . . no, de qué modo sentimos todos en esta hora en que estamos reunidos en torno de esta fuente, en cuyo centro se elevará el monumento al héroe de dos mundos, que la vieja águila romana se cierne sobre nosotros. La raza latina se afirma y revive en todas las manifestaciones de entusiasmo.

Revive en el arte, en el progreso, en el amor de la patria, en los sueños, en la fe. Las lenguas difieren en las expresiones y en los términos; pero se encuentran en la etimología y en el origen. ¡Gran alma latina, que ya no estás ensombrecida, vive á través de los siglos y fecunda la obra de la humanidad! Que mi modesta palabra sea el intérprete de los sentimientos de todos vosotros, señores, y consagre en esta primera piedra el recuerdo de esta fiesta! Bajo el cielo, sintiendo el beso de los vientos, iluminada por el sol, la estatua que surja aquí, mostrará que los héroes pertenecen á la humanidad! Que se entonen los himnos, que en los aires se mezclen los sonidos de gozo, evocados por la idea del amor á los humildes, á los débiles, á los indefensos, sobre los cuales dirigía sus miradas Garibaldi, en todos los instantes de su vida.

Al daros las gracias, señor Presidente, y á vosotros, señores miembros del Gobierno, por haber honrado con vuestra presencia esta fiesta, auguro, á nombre de Italia y de los italianos que aquí residen, toda felicidad al pueblo mexicano, que, con un fuerte espíritu de nacionalidad, se afirma cada día más en el puesto que ocupa entre los pueblos civilizados del mundo.

Animado de estos sentimientos, tengo el honor, señor Presidente, de suplicaros tengáis á bien colocar la primera piedra para un monumento á Giuseppe Garibaldi, quien, como vos mismo, tuvo un solo ideal: la redención y la grandeza de la patria!

#### NÚMERO 51.

**Discurso pronunciado por el señor don Enrique C. Creel, Secretario de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, en el acto de la colocación de la primera piedra del monumento á José Garibaldi, el 20 de septiembre de 1910.**

Señor Presidente:

Excelentísimo señor Embajador de Italia:

Señores:

Si la noble idea de la distinguida y laboriosa Colonia Italiana, de ofrecernos en ocasión de nuestro Centenario un valioso obsequio, ha obligado profundamente nuestra gratitud, el hecho de que ese presente haya de consistir en un monumento á Garibaldi, no puede menos de arrancarnos nutrido y espontáneo aplauso.

Garibaldi, héroe y prócer, paladín y mártir de la Italia una y de la Italia libre, antes que esgrimir su espada y que derramar su sangre por su patria, ya había puesto el empuje de su potente brazo, la chispa fulgurante de su pensamiento y el foco ardiente de su amor á la democracia y á la República al servicio del Brasil, que luchaba contra la idea monárquica, y al de la República Oriental del Uruguay, que trataba de defenderse, y Garibaldi supo defenderla, de las

desmedidas ambiciones de conquista del tirano Rosas, flagelado con tanta dureza como justicia por el Tirteo argentino José Mármol.

Sí; Garibaldi, en el tiempo, antes fué héroe americano que héroe italiano; la tierra americana bebió su primera sangre; y sus victorias en este continente, sus audacias triunfales, su indómito tesón en la campaña, sus retiradas dignas de Xenofonte, su genio estratégico y su habilidad táctica, la fecundidad de sus recursos, su poder sugestivo sobre los ejércitos y sobre las multitudes, todas, sin faltar una, todas las altas virtudes cívicas y militares, todas las proezas de soldado y de patriota que lo cubrieron de gloria en el continente europeo y le conquistaron renombre universal, de todas ellas obtuvo América las primicias, y todas las coronaron, primero que ningunos, los lauros americanos. Fué americana su primera banda de general; voces americanas lanzaron en su honor los primeros vivas que escuchó su oído, y americana fué la madre de sus hijos.

La libertad de América es unitaria; es la cordillera que le sirve de espina dorsal; un bloque único de indestructible granito que rígido se extiende desde el Estrecho de Behring hasta la Patagonia.

Los héroes regionales de las libertades del nuevo continente son sagrados para todo americano. En esta vasta región tan excelsos y dignos de culto son Washington como Bolívar, y Bolívar como Hidalgo y como Juárez.

Y puesto que Garibaldi fué paladín de libertades brasileñas y uruguayas; puesto que regó con su sangre el bosque virgen, lo mismo que la pampa interminable; puesto que en pro de americanas libertades libró batallas campales y combates navales, Garibaldi es héroe nuestro; y vuestra galantería no ha hecho más que anticiparse á nuestro anhelo y á nuestro deber, iniciando la erección de un monumento que será, en lo futuro, templo de nuestras efusiones de demócratas y de republicanos.

Concretándonos á nuestras luchas y á nuestras victorias, apenas es concebible la influencia de Garibaldi en nuestros destinos.

Casi á la vez que él realizaba su heroica expedición de «los mil» á que os habéis referido, que triunfaba de Nápoles y obsequiaba á Italia las dos Sicilias, conquistadas con el esfuerzo de su brazo y de us «mil de Marsala,» los patriotas y los liberales mexicanos entablaban sangrienta lucha contra todo el retroceso coaligado en su contra.

Para estimularlos á la victoria, para sostenerlos en el combate y para consolarlos en el desastre, los liberales y los reformistas mexicanos necesitaban ejemplos sublimes que imitar, abnegaciones heroicas que remedar, y justamente las encontraron en aquel paladín casi legendario que se llamó Garibaldi y en sus grandes hechos.

¡Qué más! El entusiasmo que supo inspirarnos y el arrebató de que supo poseernos fueron tales, que se tradujeron en hechos al parecer frívolos y en el fondo muy significativos.

Nuestras guerrillas (Garibaldi fué el príncipe de los guerrilleros), adoptaron como un emblema la blusa roja que el héroe había paseado victoriosa por los campos de batalla y de la que el fanatismo popular decía que embotaba las balas enemigas.

Adoptamos, y en eso se reconocieron unos á otros los liberales de la época, el chambergo de anchas alas y la calota borlada y hasta, en algunos casos, la barba cerrada, características del héroe.

Y de nuestros labios brotaban todas las cantatas; y las fanfarrias de nuestros regimientos lanzaban al viento todos los himnos garibaldinos; y las proezas del Cincinato de Caprea vibraban en el fondo

de nuestros corazones, y retemplándolos para la lucha en pro de la democracia y de la República, prepararon en esta bendita tierra el triunfo definitivo de la República y de la democracia.

Dice la leyenda que en las batallas contra los infieles, San Jorge peleaba del lado de los creyentes; narra la tradición que el Cid combatió ya muerto y venció á los moros. Los indígenas que seguían á Hidalgo solían ver en el aire á la Guadalupana guiándolos á la victoria.

De la misma manera y durante nuestras sangrientas guerras de Reforma y de Segunda Independencia, podemos decir que Garibaldi, en espíritu, peleó con nosotros, y que al ejemplo de sus grandes virtudes y de su estupendo heroísmo, debimos mucho de nuestra fe y no poco de nuestro buen éxito.

¡Sublime figura! Doquier que se escuchaba el clamor de un pueblo oprimido, dondequiera que oía el crujir de las cadenas arrastradas por esclavos ó el rítmico cantar de los galeotes pegados al remo, Garibaldi acudía. Su tajante espada despedazaba yugos, destrozaba cadenas, libertaba á cautivos y devolvía á la luz y al ambiente de la libertad á hombres y pueblos.

No es dudoso que si sus empeños por liberrar, unificar y engrandecer á su patria le hubieran dejado tiempo y atención disponibles, hubiera, durante nuestras guerras crueles de Reforma y de Segunda Independencia, acudido, espada en mano, en socorro de nuestros derechos hollados y de nuestra dignidad escarneada.

Pero si no nos ayudó con la fortaleza de su brazo y con el relampaguear de su genio, nos sostuvo con su ejemplo, nos alentó con su entusiasmo; y anhelantes de ser tan nobles y grandes como él, nuestros héroes supieron imitarlo y alcanzar deslumbrantes triunfos.

¿Qué de extraño que nos asociemos á la veneración que Italia le tributa? ¿Qué de sorprendente que lo reverencemos al par de sus compatriotas?

Lejos de eso: lo estupendo y lo indigno sería que no lo incluyéramos en el martirologio y en el santoral de la libertad humana, y que, ingratos, olvidáramos lo que á hombre tan eminente debe la humanidad.

Con cuánto acierto se escogió la fecha para este acto significativo. Cuando «á esta misma hora y de cierto en este mismo día, en cualquier punto de Italia y en dondequiera que, aunque lejos de la patria, se hallen reunidos algunos italianos, se conmemora y se festeja la fecha gloriosa del 20 de septiembre.»

Levantad, pues, señores iniciadores, ese monumento, que será tanto vuestro como nuestro. En el ara de ese altar no faltarán jamás flores, ni en su ambiente perfumes, ni en sus recuerdos simpatías para el ilustre Embajador italiano que nos acompaña en estos momentos y que con su verbo nos ha llenado de entusiasmo.

Nuestra gratitud y nuestra admiración convierten dicho monumento en un templo en cuyos ámbitos vendremos á buscar las inspiraciones altas, las sugerencias nobles y los ejemplos sublimes.

Y una vez más la Italia de Galileo, de Leonardo, de Rafael, de Miguel Angel y de Dante Alighieri, habrá llevado sus dioses, su culto y sus grandezas hasta los más recónditos confines del planeta.



## NÚMERO 52.

**Discurso pronunciado por el señor don Tam Pui Shum, Encargado de Negocios de China, al entregar al señor Presidente de la República, los muebles donados á la Nación por la Colonia China de México, el 20 de septiembre de 1910.**

Excelentísimo señor Presidente:

Señores:

La Colonia China residente en México, en su anhelo sincero y noble de identificación con el bello y generoso país que la alberga, en la espontánea comunión del derecho y del trabajo, ha querido participar, en este solemne suceso conmemorativo, del legítimo júbilo y del bienestar positivo que es hoy la resultante directa de la heroica emancipación de un pueblo amoldado para el ejercicio de la preciada libertad.

Mis conterráneos estiman que es un deber significar, en ocasión tan singular, sus sentimientos de afecto para los mexicanos y de admiración y de respeto para el Gobierno de la República, dirigido por el excepcional estadista que con más sabiduría ha desenvuelto la fórmula del progreso y que ha cimentado con mayor tino la cultura americana.

Han buscado, para el efecto, un objetivo modesto de sus vivas simpatías, en el presente que hoy se permiten ofrecer, por mi conducto, al prestigiado Gobierno de Su Excelencia. El reencarna la labor oriental y la obra detallada de los artífices chinos, y si bien no representa la riqueza que demanda el altísimo acontecimiento del Centenario, responde al menos, por su originalidad y sencillez, al anhelo persistente de conservar y de estrechar aún más, si fuere posible, las relaciones armónicas de dos pueblos que caminan al impulso de iguales aspiraciones: la civilización y el trabajo. Y es modalidad de aspiración semejante, la reciente visita á esta ciudad de los alumnos de la Escuela «Yue Mae,» de Monclova, y á la que aludo por analogía de pensamiento y por razón de oportunidad. Los educandos representan no solamente el núcleo de un intelecto futuro, sino el tipo etnológico de una nueva generación que liga á las razas de los dos continentes. La mayoría de ellos lleva ya en sus venas sangre mexicana, y vienen á tributar homenaje á su patria querida y á sus héroes ilustres: el venerable libertador don Miguel Hidalgo y el eximio guerrero don Porfirio Díaz, que en la etapa de un siglo luminoso han aparecido como el Alpha y el Omega de la redención nacional.

Satisfacción es para mí representar en este acto á mi Colonia y especial honor dirigirme á Vuestra Excelencia, con el ánimo leal de interpretar las impresiones emotivas de los chinos, sancionadas por la digna presencia del distinguido Embajador de Su Majestad el Emperador de China; impresiones generadas en el amparo que el Gobierno de Su Excelencia dispensa á los hombres de buena voluntad, que en las amargas luchas de la vida encuentran la benévola protección del Estado y la libertad de sus leyes informadas por el más recto espíritu de justicia.

En nombre, pues, de los agradecidos que lejos de su patria han encontrado abrigo y existencia honrada para ellos y para los suyos, me complazco en poner en manos de Vuestra Excelencia el símbolo de su reconocimiento, que abrirá las puertas de una cámara, donde, por gracias de Vuestra Excelencia, ha de conservarse el recuerdo tan-

gible de su cariño para México, vinculado en sus conciencias con la adhesión real á Vuestra Excelencia, el Gobernante magno que ha reunido mayor número de virtudes cívicas y de cualidades privadas en la historia de los soberanos de la tierra.

## NÚMERO 53.

**Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, al recibir del señor Encargado de Negocios de China los muebles donados á la Nación por la Colonia China de México, el 20 de septiembre de 1910.**

Señor Encargado de Negocios:

Con viva gratitud recibo el valioso y significativo obsequio que en nombre de la Colonia China residente en México tenéis la bondad de ofrecer al Gobierno de esta República con motivo de la celebración del primer Centenario de la Independencia Nacional. Podéis estar seguro de que será conservado siempre con particular estima, no sólo por su indisputable mérito artístico, sino también, y muy especialmente, porque revela las simpatías que el importante grupo que representáis profesa á mi país. Las muestras de afecto que, con motivo del glorioso acontecimiento que México celebra, han tenido vuestros conterráneos para con nosotros y á que con tanta justicia habéis aludido, son debidamente estimadas por el Gobierno y pueblo mexicanos, y ellas servirán, sin duda alguna, para estrechar más aún las relaciones de cordial amistad que felizmente existen entre nuestros dos países.

Agradezco también sinceramente las bondadosas frases que me habéis dedicado, y hago los más fervientes votos por vuestra dicha personal y por la de los laboriosos hijos del poderoso Imperio Chino que viven y trabajan entre nosotros y que de manera tan delicada se han asociado á nuestro justo regocijo.

## NÚMERO 54.

**Fragmentos del discurso pronunciado por el señor don Antonio Letayf, Presidente del Comité Otomano del Centenario, en el acto de la inauguración del reloj público donado á la ciudad por la Colonia Otomana de México, el 22 de septiembre de 1910.**

Señor Gobernador del Distrito:

Señor Presidente del Ayuntamiento:

Señores:

El acontecimiento público que nos congrega en este sitio, tiene por sí mismo una alta y trascendental significación. La entusiasta espontaneidad con que unánimemente se ha apresurado la Colonia Otomana residente en la Capital de la República, á tomar parte en el supremo regocijo que experimentan todos los hijos de México celebrando el Centenario de la más gloriosa fecha de su historia, por ser la de su emancipación y creación de la nacionalidad, ha movido á todos los nuestros para hacer una manifestación que, si bien humilde por el valor del obsequio, sí es grande y simpática, porque la inspiran verdaderos y nobles sentimientos, y porque proporciona á nuestra Colonia la ocasión, tan esperada y deseada por todos los otomanos

residentes aquí, para demostrar á esta noble y hospitalaria Nación Mexicana todas nuestras simpatías y todo nuestro agradecimiento por los beneficios que hemos alcanzado en esta rica, próspera y feliz tierra mexicana, en donde tienen asiento todas las libertades humanas y en donde el trabajo, la perseverancia y la honradez son los más preciados y eficaces medios para alcanzar la prosperidad y bienestar.

Por atavismo y por herencia de raza, á ejemplo de nuestros progenitores los fenicios, ejercemos en lo general la industria comercial, porque en nuestras venas circula la sangre de aquellos sublimes aventureros que llevaron su industria y cultivaron el comercio por todo el mundo conocido entonces, á través del Asia y de los desiertos de Africa y en la culta Europa; siendo también ellos los primeros emigrantes que dejaron su país para fundar en extranjero suelo colonias tan florecientes como la rica y poderosa Cartago....

Aquí también, en este próspero país, hemos podido formar nuestra posición y nuestro bienestar, gracias á la generosidad del pueblo mexicano, á sus sabias leyes y á la protección y garantía que sus autoridades dispensan á todos los extranjeros que pisan su territorio con el noble propósito de obtener, á la sombra de la bienhechora paz y de las libertades públicas, el bienestar personal; por lo que, en los actuales momentos, deseamos y debemos demostrar unidos todos mis compatriotas, los sentimientos que nos animan; á mí, en nombre de ellos, me cabe la alta honra de expresar que los súbditos del Imperio Otomano en México amamos de corazón á esta, para nosotros, bendita tierra mexicana.

## NÚMERO 55.

**Discurso pronunciado por el señor don Guillermo de Landa y Escandón, Gobernador del Distrito Federal, en el acto de la inauguración del reloj público donado á la ciudad por la Colonia Otomana de México, el 22 de septiembre de 1910.**

Señor Presidente del Comité Otomano:

Señores:

La sociedad mexicana recibe, acepta y agradece esta muestra de simpatía que la Colonia Otomana ofrece á México en su Centenario. Por su parte, el Gobierno ha designado uno de los lugares más céntricos para que se embellezca con el donativo de esa Colonia trabajadora. Hagamos por su prosperidad y dediquemos un pensamiento cariñoso á este espontáneo obsequio.

## NÚMERO 56.

**Discurso pronunciado por el Excelentísimo señor Marqués de Polavieja, Embajador Especial de España, al entregar las reliquias de José María Morelos al señor Presidente de la República, el 17 de septiembre de 1910.**

Señor Presidente:

En nombre de mi Augusto Soberano, tengo el alto honor de poner en manos de Vuestra Excelencia, para que queden en tierra mexicana, el retrato, prendas de uniforme y otros objetos que pertene-

cieron al señor General don José María Morelos y Pavón, que por gran ciudadano y gran soldado guardaba mi patria, honrándolos mucho en su Museo de Artillería.

Su Majestad el Rey don Alfonso XIII desea vea Vuestra Excelencia en este acto, y con Vuestra Excelencia todo el pueblo mexicano, la más acabada expresión de la íntima y grande satisfacción con que él y la madre España se asocian al Centenario de su Independencia, necesaria evolución histórica que ha sabido llenar cumplidamente por sus grandes aptitudes y las de Vuestra Excelencia, que le ha dado la paz colmándole de beneficios.

Hoy, por tales motivos, merece y tiene la República Mexicana el respeto, la estimación y el cariño de todos los pueblos. En ella lucharon con gloria, en tiempos pasados, todas las artes de la guerra, y en ella lucen, en los presentes, todas las artes de la paz con singular adelantamiento y magnificencia.

¡Quiera Dios seguir dispensándole sus beneficios!

Así lo desea mi Rey y la madre España, orgullosa de su hija, á la que abraza en estos solemnes momentos con todas las efusiones de su alma y con todos los recuerdos de su gran labor americana, como descubridora, exploradora y colonizadora.

## NÚMERO 57.

**Discurso pronunciado por el señor General don Porfirio Díaz, Presidente de la República, al recibir del Excelentísimo señor Embajador de España las reliquias de José María Morelos, el 17 de septiembre de 1910.**

Señor Embajador:

En nombre de la República entera, cuyos destinos tengo la alta honra de regir, en nombre de ella y tan conmovido como ella, recibo estas para nosotros preciadas reliquias, con que la hidalguía española, bien simbolizada por vuestro ilustre Monarca y por los honorables miembros de su Embajada Especial, obsequia á México en el primer Centenario de su Independencia.

Digo que nos obsequia, porque las tales fueron pérdidas en legítima y esforzada lid por aquel varón, leal enemigo vuestro y padre indisputable y principal de una patria que hoy agradece profundamente á España esta muestra inequívoca de su cordial afecto hacia quien fué quizás la predilecta de sus hijas en el Nuevo Mundo; por más que mal aconsejadas pasiones políticas de años después, obligaran á temer que se podía distanciarlas. Ello resultó inútil, porque en el fondo de la una y de la otra no ha anidado nunca más sentimiento que el de un amor viril y mutuo.

Si España ufánase de habernos dado vida, México se enorgullece de reconocerlo y proclamarlo.

Yo no pensé que mi buena fortuna me reservara este día memorable en que mis manos de viejo soldado son unguidas con el contacto del uniforme que cubrió el pecho de un valiente, que oyó palpar el corazón de un héroe y prestó íntimo abrigo á un altísimo espíritu que peleó, no contra españoles, porque fuesen españoles, sino porque eran los opositores de sus ideales; que persiguió, no á España, precisamente, sino la realización de una quimera para entonces y dulce realidad después para nosotros: crear una nacionalidad soberana y libre.

Esa Nación libre y soberana, señor Embajador, os ruega, por mi